

Entrevista con Alberto Ruy Sánchez

Reina Roffé

—*Su primera novela, Los nombres del aire, fue galardonada con el prestigioso premio Xavier Villaurrutia, que se otorga en México. Esta novela se convirtió en un libro de culto. Dadas las reglas del mercado editorial de estos últimos años, ¿alcanza con ser un autor de culto o pesa más el número de ejemplares vendidos?*

—Es casi una casualidad, cuando alguien trabaja con la preocupación formal con la que yo escribo, obtener el favor del público. Cuando se tiene, es un añadido, un don, porque demuestra que la obra significó algo para una o varias personas. En realidad, todo reconocimiento es un don, un regalo de quien lo da. Y la parte de mérito que le corresponde al autor es secundaria y azarosa.

—*¿Qué debemos entender exactamente cuando se dice Ruy Sánchez es un autor de culto?*

—Bueno, la frase es un poco pedante.

—*Sin embargo, es de uso corriente cuando se quiere hacer referencia a ciertos autores cuyas obras son leídas por un reducido grupo de lectores. Es decir, esas obras no responden a las políticas del mercado editorial ávido de producir best-sellers.*

—Mi primera novela, *Los nombres del aire*, fue rechazada por diez editoriales, incluyendo Tusquets, que la iba a publicar, pero se le cayó el mercado de México en una crisis económica y entonces dijeron: ésta no, la próxima. Pero después que fue publicada por la editorial Joaquín Mortiz, en México, hace cerca de quince años, no ha dejado de ser reeditada cada año en tiradas que van entre los mil y los cinco mil ejemplares. Siempre ha estado presente, la gente la recomienda de boca en boca. Y desde que existe el Internet, sobre todo, yo recibo dos o tres mensajes diarios relacionados con el libro y conteniendo peticiones o comentarios.

Hay una gran cantidad de niñas que actualmente llevan el nombre de la protagonista de mi novela. También hay gente que me cuenta que han ido a Mogador, porque han leído mi libro. Incluso en mi sitio de Internet hay una fotografía del lugar que me mandó un lector. Fue allí, se maravilló y me mandó la fotografía, que es muy bonita. Todo esto constituye una respuesta, que no es masiva, no convierte al libro en un *best-seller*, pero me demuestra que tiene un público asiduo, constante. En muchas de las cartas que recibo, advierto que mi obra le sirve a la gente para hablar de sí mismos. Y eso es una riqueza que emana de los libros. En la misma crítica, en los ensayos que se han escrito sobre mis novelas, la gente habla sobre lo que es y encuentra allí lo que pensaba que quería encontrar desde antes. Es algo extraño. Por eso, mi mérito es secundario. Los lectores proyectan una parte de sus deseos. El hecho de que todos mis libros sean sobre el deseo es coherente con que encuentren en ellos una respuesta a sus propios deseos.

—*Hay quienes escriben para poder dialogar mejor con otros autores. Creo que, en su caso, también se percibe este diálogo con obras que han sido, seguramente, fundamentales en su formación como lector y como escritor. ¿Podría mencionar cuáles son y qué autor es su interlocutor permanente?*

—Precisamente, mi séptimo libro de ensayos lo titulé *Diálogo con mis fantasmas* pensando que después de escribir tanto sobre muchos autores y de reincidir sobre algunos, regreso con frecuencia sólo a aquellos con los cuales ensayo no solamente mi escritura sino mi vida, los que me ayudan a pensar mi vida. Vuelvo, de manera preponderante, a Rilke, por su poesía y sus reflexiones sobre el arte. La relación que él sostuvo con Rodin, la manera en que se vinculó con Rodin, es fundamental para mí. Y también un autor como Pier Paolo Pasolini, no solamente como cineasta vital, sino como crítico social y literario, porque la recopilación de historias y de poesía popular que hizo es espléndida, sino sobre todo como un novelista que supo hablar de una actualidad social, que le tocó vivir, de una manera profundamente poética. Algún día, cuando termine mi ciclo sobre el deseo, yo escribiré sobre muchas de las cosas que suceden ahora en México buscando un tono emparentado con el de Pasolini. Otro de mis autores, digamos tutelares, es Lezama Lima. Me interesa, en especial, su poesía y una buena parte de sus ensayos. También Octavio Paz, por supuesto. Y hay autores que no son poetas ni narradores, como Roland Barthes, que han sido muy importantes para mí.

—*Ha mencionado a Octavio Paz, con el que usted trabajó.*

—Sí, yo trabajé con Paz y cuando dejé de trabajar con él seguimos siendo amigos. Fui secretario de redacción de la revista *Vuelta* durante dos años, de 1984 a 1986. Fue una experiencia maravillosa estar en contacto con él todos los días, y después seguir siendo alguien cercano a su persona y a su obra. También escribí *Una introducción a Octavio Paz*, encargado por una casa norteamericana que edita libros de divulgación y con un afán didáctico; ese libro, aunque es un ensayo muy diferente a los que yo escribo, también ganó un premio, el «José Fuentes Mares» en 1990.

—*Dada su proximidad a la revista Vuelta, quizá usted sepa decirme si había una suerte de rivalidad entre Rulfo y Paz. Hay quienes afirman que, cuando murió Rulfo, Paz y su revista apenas le dedicaron unas pocas líneas al autor jalisciense. ¿Es cierto?*

—No, no es cierto. Octavio, cuando murió Rulfo, escribió un artículo; y yo, en el número siguiente a la muerte de Rulfo publiqué otro en *Vuelta*. El de Octavio debe de estar en el volumen que se llama *Conversaciones y semblanzas*. El mío es breve, pero parte de ese artículo escrito a la muerte de Rulfo está ampliado en otro, recogido ahora en un volumen que se titula *Cuatro escritores rituales*. Uno, como le decía, es Rulfo, y los otros son Álvaro Mutis, Severo Sarduy y Juan García Ponce. El fragmento que publiqué en *Vuelta*, creo que se llamaba «La segunda muerte de Juan Rulfo» y era sobre su silencio como narrador. Todo esto no quiere decir que no hubiera enemistad entre Paz y Rulfo. No puedo decir con certeza qué sucedió entre ellos. Durante mi relación con Octavio yo cultivé, especialmente, todo lo que no era el lado guerrero. Es decir, cultivé su lado solar, el lado de la poesía y la literatura. De hecho, me importa muy poco la parte polémica. Pienso, como Borges, que nuestras opiniones son la parte más banal y circunstancial de cada uno. Lo que sí le puedo decir es que Octavio Paz sentía una gran admiración por *Pedro Páramo*, sin duda, y también por *El llano en llamas*; porque nadie, con un poco de razón, puede dudar de que éstos son dos grandes libros de la literatura mexicana.

—*¿Octavio Paz era un centro, Rulfo estaba desplazado?*

—Desplazado, no. Para Octavio, parte de su manera de ser centro fue vivir fuera de México, por ejemplo, y tener una gran información muy